

Era aquel siglo de malicia exento;  
 Pero al fin, corrompida la inocencia,  
 Vaciló de Verdad el firme asiento.  
 Del Fraude en esto, y pérdida Insolencia,  
 La mentira nació, vil seductora,  
 De inico pecho y hórrida presencia.  
 Su baja cuna conoció en la hora,  
 Y su deformidad, que aborrecida  
 Le habja de hacer en cuanto Febo dora.  
 De su malicia natural movida,  
 Su voz mintió, su aspecto y sus acciones,  
 Con un disfraz de máscara florida.  
 Con cebo de deleite y falsos dones,  
 En sus caprichos altanera y vária,  
 Comenzó á seducir los corazones.  
 Siendo de la Verdad atroz contraria,  
 Intentó derribarla de su trono,  
 Y hacerla de sus artes tributaria.  
 Para saciar el hipo de su encono,  
 Increible es cuán falsa y cuán artera  
 Doró sus voces y enmeló su tono.  
 Comenzó á lastimarse de que fuera  
 Tan necia la Verdad, tan desabrada,  
 Cuán falta de política y grosera;  
 Al tiempo que, en mentir ella instruida,  
 Se vendió por discreta, cortésana,  
 Apacible, bizarra y bien nacida.  
 Insinúose atractiva la tirana,  
 Con afeites y ornato subrepticio,  
 Aunque horrible de aspecto é inhumana;  
 Y adulando sus crimenes al vicio,  
 Poderoso en la tierra y arraigado,  
 Un vulgo inmenso á sí trajo propicio.  
 Con su favor logró que de su estado  
 La Verdad santa fuese derrocada,  
 Su imperio por la vil tiranizado.  
 Viéndose la Verdad menospreciada,  
 Expulsa, sin favor y perseguida,  
 Desde entónces de todos mal mirada;  
 Mendigando el sustento y la bebida,  
 Fué á parar á la choza de un desierto,  
 De mal secos troncones construida,  
 Y un mozo al lado halló, vivo y experto,  
 Apto para volar, mas aberrojado  
 Y de unas ropas miserables cubierto.  
 Reconocióla el preso, y lastimado  
 De ver á la Verdad errar mendiga,  
 Dolióse de ella aún más que de su estado.  
 Contóle ella su pérdida y fatiga,  
 Y su abandono en fin; cuando el mancebo  
 «¡Ay dolor! (exclamó); Verdad amiga,  
 »No me cogen tus lástimas de nuevo;  
 Que aunque el Ingenio soy, de alas dotado,  
 A salir de esta estancia no me atrevo.  
 »Pero, aunque en estos grillos amarrado  
 Me tenga el disfavor, préstame oído;  
 Pues mi industria á ninguno le he negado.  
 »Sabe que no hay manjar más desabrido,  
 En un tiempo en que nadie ya te ayuda,  
 Que un desengaño á secas ofrecido.  
 »¿Qué dije desabrido? Mi voz ruda  
 Anduvo; no hay bocado mas amargo  
 Que proferir una verdad desnuda.  
 »Así, Verdad incanta, sin embargo  
 Que dar el desengaño abiertamente  
 En la dorada edad tuviste á cargo;  
 »Hoy, si hiere la luz derechamente,  
 A los ojos del linco causa daños,  
 Cuanto más á la flaca y mortal gente.  
 »Por esto la experiencia halló, y los años,  
 El arte de dar de oro á las verdades,  
 Y en almibar bañar los desengaños.  
 »Vivimos la peor de las edades,  
 En que es vilipendiada la inocencia,  
 Por falta de artificio y novedades.  
 »Empero si hallo en tí condescendencia  
 Y estimas mis sutiles invenciones,  
 Por tu estimacion misma y conveniencia,  
 »Volverás á tu estado y posesionez;  
 Serás como un oráculo buscada,  
 Y gran reformadora de varones.  
 »Deja de hoy más de andar desaliñada,

Cual niño sin doblez, pues de falaces  
 Mofadores la tierra ves poblada.  
 »Y puesto que política te haces,  
 La máscara te pon de la mentira  
 Y viste del engaño los disfraces.  
 »En su mismo artificio pon la mira,  
 Sin perdonar parábola ó emblema,  
 Cuando á ocultar tu desnudez conspira.  
 »Usa de la ficcion, valte de un tema  
 Tal vez extravagante, y su rodeo  
 Te hará vencer con docta estratagemas.  
 »Así, la travesura y el floreo  
 De tu invencion verás que nadie excusa,  
 Y vuelves á alcanzar tu antiguo empleo.»  
 Abrió los ojos la Verdad confusa;  
 Aquella vez no fué al Ingenio terca,  
 Y empezó á acomodarse á lo que se usa.  
 Ya á vista de ojos con ninguno alterca;  
 En lo pasado lo que pasa inquiere,  
 Y pinta lejos lo que está muy cerca.  
 Propone en un sujeto lo que quiere  
 En otro condenar, en éste apunta,  
 Y al otro el golpe da, sin que lo espere.  
 Sus flechas las enziela ó las despunta,  
 Para engañar mejor cualquier afecto;  
 Y como quiere, los desparte ó junta.  
 Así que por un círculo perfecto,  
 Sagaz siempre, á parar al blanco viene  
 De su intencion, que siempre fué el más recto;  
 Y tal honor por su ficcion obtiene  
 La Verdad, que no sólo en los poetas  
 Profanos su disfraz cabida tiene,  
 Mas tambien en el Dios de los profetas.

## EL LLANTO DE ZARAGOZA (1).

### ELEGÍAS

#### AL INCENDIO DEL COLISEO DE ESTA CIUDAD EN 12 DE NOVIEMBRE DE 1778.

*Plorans plorabit in nocte, et lacrymæ ejus  
 in maxillis ejus: non est qui consoletur eam  
 ex omnibus charis ejus. (TIBEN., cap. 1, v. 2.)*

#### ELEGÍA PRIMERA.

¡Qué triste y angustiada  
 La ciudad imperial de Zaragoza,  
 Que tanta preeminencia entre otras goza,  
 Como viuda se ve desconsolada,  
 En lágrimas bañada,  
 De conhorto y solaz toda desierta!  
 Llámelas dolorida,  
 Y más que viva, muerta,  
 Cualquiera que la viere en tal quebranto,  
 Tanta calamidad, pavor y espanto.  
 La esfera está anublada,  
 La tierra de ayes llena,

(1) Se imprimió en Salamanca en 1779, en la oficina de Santa Cruz, por Domingo Casero. Se han hecho muy raros los ejemplares de esta única edición de *El Llanto de Zaragoza*, que no fué incluido en las obras de IGLESIAS. Solo hemos llegado á encontrar un ejemplar, que tuvo la bondad de franquearnos el señor Marqués de Pidal.

Dedicó estas elegías al señor don Diego Ordoñez Villaquirán Fernández de Córdoba, capitán de fragata, señor en Salamanca de la antigua casa de la Cadena. Conócese, en el tono de la dedicatoria, que creía IGLESIAS haber escrito una obra de la más elevada poesía. Acaba diciendo: «Esta y otras razones son las que me mueven á presentar á usía impresas estas breves elegías, libres, en cuanto me es posible, de impertinencias vulgares.»

Corre en lágrimas Ebro turbulento,  
 Funesto buho suena  
 Y en ecós de dolor se enciende el viento,  
 España, con el trágico portento,  
 Está toda asombrada;  
 Catástrofe padece no pensada  
 El pueblo, que en toda ella más se erguia,  
 Donde la lozania,  
 La nobleza y placer halló morada.  
 ¿De qué pantera hinchada  
 O sierpe habrá nacido  
 Quien no sienta su pecho enternecido  
 Habiendo tan gran lástima escuchado?  
 Yo, ¡ay de mí! á quien es dado  
 Decir (merced al cielo) la agonía  
 Y estrago inconsolable de aquel día,  
 Mi corazón turbado  
 Vi en ansias dolorosas,  
 Y en llanto mis entrañas amorosas  
 Derramarse quisieron  
 Cuando el incendio de aquel pueblo vieron;  
 Aquel incendio horrible,  
 Que miedo puso á todos los vivientes,  
 Pensando que el terrible  
 Día se les llegaba  
 En que, con furia brava,  
 El fuego ha de acabar todas las gentes.  
 Estábase alegrando  
 El pueblo en el profano coliseo,  
 La música escuchando  
 Del ciego Amor, del fabuloso Orfeo,  
 Y Dios, á cuyo mando  
 La máquina del cielo se estremece,  
 Y el no ser le obedece,  
 Llamó al fuego y mandóle  
 Que á la ciudad castigue  
 Y que con su furor los amedrente  
 Y sus iras mitigue,  
 A su voz obediente.  
 Dijo el Señor, y dióle oído al fuego;  
 Mandóle Dios y obedecióle luego.  
 ¡Ay! esa tu alegría,  
 Esa fábula, oh pueblo, esa corea,  
 Que vistes en mal día,  
 ¡Qué lloro que acarrea  
 A toda esa ciudad! ¡ay! ¡cuán amargo  
 Para tus hijos! ¡cuán pesado y largol  
 ¡Que en el pueblo sagrado,  
 Por su bendita Madre visitado,  
 En donde el gran Patron de las Españas  
 Labró el templo primero,  
 Y donde muertos son por el Cordero  
 De Dios inmaculado,  
 Innumerables santos,  
 Se hayan visto ¡oh dolor! desastres tantos?  
 A esa estancia labrada,  
 Que otra igual no lo fué por sabio moro;  
 A esa vistosa entrada,  
 Esos jaspeados perfilados de oro,  
 ¡Cuánto más acertaras  
 Si los ojos ¡oh pueblo! le cerraras!  
 A esa dulce armonía  
 De falaces sirenas,  
 En que te parecía  
 Hallar alivio á tus mayores penas,  
 Mejor hubiera sido  
 Te cubrieras, cual áspid, el oído;  
 Pues ¡quién te lo dijera  
 Que lo que has presumido  
 Ser paraíso, un crudo infierno fuera?  
 Mira, pues, que el Señor ya se ha indignado  
 Y el vaso de sus iras ha vertido,  
 Y al elemento más feroz mandado  
 Lo que temer quizá no has presumido.  
 Ni la triunfante hispana monarquía,  
 Ni los pueblos en ella florecientes,  
 Ni del orbe pensaran los vivientes,  
 Que en tan alegre día  
 Zaragoza tranquila, en paz y fiesta,  
 A tan sin par peligro fuese expuesta.  
 Dios así lo ha ordenado;  
 Con furor no esperado

La gloria y la potencia  
 De Aragon ha cortado;  
 Y sin que resistencia  
 Humana les valiese,  
 A su rigor cediese  
 Que en ellos crudamente se ha encendido,  
 Halos circunvalado  
 Y vigorosamente destruido!  
 ¡Oh, cómo ya en la loca y profanada  
 Casa del coliseo  
 El gran pueblo no veo  
 Con música acordada!  
 ¿Dónde están los celajes  
 De trasparente viso y aparato,  
 Los dorados ropajes  
 Que imitan del pavon el rico boato?  
 ¿Dó las aclamaciones  
 Que al diestro histrion hacian,  
 Y las palmas batian,  
 Y con júbilo en cerco le voceaban?  
 ¿Dónde la blanca tez de sus doncellas,  
 El gallardo esplendor de sus garzones,  
 El placer de ellos y el contento de ellas?  
 Todo desapareció: cambió la suerte  
 Sus gustos deleznales  
 En dielos lamentables,  
 Y sus pomos de almibar  
 En manojos de acibar;  
 El dejo del deleite allí probaron,  
 Rodeándoles las ansias de la muerte;  
 Dolores del infierno les cercaron.  
 Salióles al encuentro  
 Un globo espeso de humo,  
 Que giró en torno y ascendió á lo sumo.  
 Todo el soberbio anfiteatro hinchado  
 Apaga las antorchas encendidas;  
 Sube el fuego á lo alto, revolviendo  
 Mil ráfagas de llamas extendidas,  
 Que á las claras estrellas van hiriendo;  
 Rechina con estruendo,  
 De sí exhalando gomas derretidas.  
 Cual enjambre de abejas susurrante,  
 Una á otra se atropella  
 Por salir de la corcha cuando en ella  
 El olor sienten del tizon ahumeante.  
 Así los que delante  
 A la salida estaban,  
 Unos con otros daban,  
 Y de tropel saliendo,  
 Escapaban la faz del humo horrendo,  
 Confusa voz de multitud salida,  
 Y tremendo alarido  
 De ayuda, fuego, ayuda,  
 En torno escuchan todos de su oído.  
 Quéjase en balde quien ansioso llama,  
 Que no hay quien por salvar al otro acuda;  
 Aprisa á fuego toca la campana  
 Y la cimbala aguda,  
 Cual en lugar de nuestra costa hispana  
 Que entró chusma agarena,  
 «Vela, vela, traicion, rebato», suena.  
 Dejan los sabios ¡neces  
 Sus puestos soberanos,  
 Los religiosos sus devotas preces,  
 Y juntas de las puertas los ancianos;  
 Olvidan los mancebos  
 Sus juegos, sus estrados,  
 Cantares y usos nuevos;  
 Que el terror los cogiera de repente  
 Y como en fiesta desapercibidos,  
 Como allá en tiempo á la troyana gente  
 Los fuegos por los griegos encendidos.  
 Como un ave del monte el doncel vuela,  
 Como un corzo el adulto va ligero,  
 Lleva la madre en brazos á la hijuela,  
 Corre la virgen sin fingido esmero;  
 Los que al culto de Dios son dedicados  
 Con mayor celo vienen,  
 Los que arte en atajar incendios tienen,  
 Todos giran, en fin, por todos lados,  
 Cual cohetes en castillo desatados,  
 Crece la voraz llama

Y el resonante estruendo;  
Maderos esparcidos  
Y espesos globos en violenta lumbre,  
Bajan vigas de inmensa pesadumbre,  
Ladrillo y planchas por el aire vago,  
Que amenazaban la celeste cumbre,  
Y causan tal estrago  
En la espaciosa estancia,  
Cual un tiempo en Numancia  
De fuego y humo el espantoso lago.  
¿Quién vió al Ebro crecido,  
Con sonoro ruido  
Inundando la plácida ribera,  
Los muelles quebrantar de opuestos puentes,  
Llevarse casas y tragarse gentes,  
Espantoso y veloz en su carrera?  
Pues poca furia es ésta, comparada  
Con la llama en los miserios cebada.  
¿Qué es aquesto, Dios santo,  
Rico en misericordia?  
Templa la espada en yerba de concordia  
Y á tu pueblo te muestra más propicio.  
¿Que pueda importar tanto  
Resolver en ceniza este edificio,  
Que el cielo y fuego y viento de tal modo  
Hoy pongan contra él su impulso todo?  
Aplácate, Señor; porque perece  
La ciudad toda si este rigor crece.

## ELEGÍA II.

¿Qué voz, aunque saliera  
De bocina sonante,  
O qué lengua, aunque fuera  
De bronco hierro, pudo ser bastante  
A referir las ansias, gritería,  
Confusion y rebato que allí había?  
Llorar, sólo llorar se nos concede;  
Pero contarlo apenas nadie puede.  
¿Quién el desórden dijo  
De Babel confundida?  
¿Quién el lloro prolijo  
Cuando Jerusalem fué destruida?  
¿O quién contó el estrago  
Que la diestra de Dios hizo en Sodoma,  
Cruel Neron en Roma  
O Scipion de Cartago?  
Pues no es menos difícil á mi aliento  
Decir aquel rebato turbulento.  
La relumbrante llama descubria  
El duro y desdichado acaecimiento;  
La comun vocería  
Y general lamento  
El cielo con aguda voz rompía.  
Gritar casadas, desmayar doncellas,  
Era la cosa más terrible el vellas.  
No con menos extremos los varones  
De la edad más robusta, amargamente  
Daban de su dolor demostraciones  
Con basca más vehemente:  
Unos quedan de espaldas atronados,  
Otros de la avenida atropellados.  
Los pechos más osados  
Corren con prisa y al remedio atienden;  
Vese gente en ventanas y tejados,  
Entran y salen, suben y descienden,  
Sacando uno arrastrando, otro en los brazos,  
Y otro (mayor pesar) hecho pedazos.  
Los postigos golpean,  
Los cerrojos quebrantan,  
Las paredes gatean,  
Osan, temen, recelan, se adelantan,  
Acá y allá rompiendo y atajando,  
Agua pidiendo y agua ministrando.  
Los miserios que dentro padecían,  
Todos salir querían,  
Y ninguno el camino allí encontraba;  
Mover los piés ligeros pretendían,  
Y uno á otro se estorbaba;  
Pues, cual con furia brava  
Derriba el austral viento

Rojo golfo de mieses en verano,  
Así caen con su propio movimiento  
Y levantarse prueban bien en vano.  
El pueblo desde dentro, suspirando,  
El socorro comun solicitaba,  
Y con las olas del morir luchando,  
Entretener la vida procuraba,  
Huyendo la fiereza  
De aquella muerte que á morir empieza.  
Con riesgo de la vida  
Era la gente allí favorecida  
A vista del peligro inevitable  
Del volcán insaciable;  
Salen y entran los nobles magistrados,  
Los tránsitos los padres revolían,  
Y con agua cargados  
Los más robustos jóvenes gemían.  
Los que ventana hallaban,  
El fuego en sus cabellos arder viendo,  
Al bajo suelo se precipitaban  
Mal su grado, eligiendo  
El modo de morir que rehusaban,  
Antes que, como flacos, encerrados,  
Ser entre ardientes llamas abrasados.  
El gobernador mismo,  
Que el pueblo allí mandaba,  
En tan confuso abismo  
Por el mayor peligro atropellaba.  
El pueblo en él fiaba  
Remedio á desventuras tan fatales;  
Mas ¿quién reparará súbitos males?  
Cual nave sin timon ó rumbo andaba,  
Y como ciegos en lugar incierto,  
Los de afuera y de dentro vacilaban,  
El vivo tropezando con el muerto.  
A muchos voces daban  
Para que se apartasen,  
Temiendo tristes que si dentro entrasen,  
El hijo no pensaba  
Tornar á ver su madre,  
Ni la hija imaginaba  
Gozar su dulce padre.  
Quién de lo alto clama, atribulado,  
Diciendo con voz ronca y lastimera:  
« Merced habed de mí, merced siquiera,  
Vosotros, mis amigos;  
Que Dios con dura diestra me ha tocado:  
Sobre nosotros lleven sus castigos. »  
Quedan mil por los tránsitos tendidos,  
Que el miedo y susto todo lo embarazan.  
Quién al que encuentra se ase, quién se abraza;  
Que el ánimo más fuerte  
Ve presente la imágen de la muerte.  
Quién á Dios perdon pide,  
Quién de su caro ausente se despidе,  
Haciendo el gran terror siempre mayores  
Los lamentos, plegarias y clamores.  
No tanto se estremecen  
Aquellos que perecen  
En garras de leones formidables  
O tigres espantables,  
A quien entre los ágiles colmillos  
Devoran sus hambrientos cachorrillos.  
Cuando los que cercados  
De llamas dentro están por todos lados,  
¿Quién será aquel que no temblase, viendo  
Del mundo remedar la total ruina,  
Tantas gentes á un tiempo feneciendo  
En este incendio horrendo  
Que en el etéreo cóncavo rechina?  
La luna, que salió con faz sanguina,  
Y todas las estrellas, su luz pura  
Cubren con nube oscura  
Por no mirar destrozos tan fatales  
Como en el suelo pasan los mortales.  
Deten, deten, tu fuerza,  
Hoguera formidable,  
Y haz que tu curso fuerza  
Donde con menos daño tu horror vibres.  
¡Ay! deja salir libres  
Con vida á los que tienes circundados;  
Perdona al menos la puericia amable;

Pues ¿en qué su inocencia  
Se opuso á tu terrible violencia?  
Al pequeñuelo infante  
En brazos de su madre el humo ahogaba,  
Y ella junta con él el alma daba.  
Cual con voz anhelante  
A su esposo llamaba,  
Que entre la multitud no le escuchaba,  
Y los más regalados  
En sus retretes eran asolados;  
Los que en sillas de cedro descansaban  
Entre negras pavesas espiraban.  
Alguna infernal furia  
El fuego allí atizaba;  
Que ni su propia actividad bastaba  
A causar tanta injuria.  
Su llama tan veloz se dilataba  
Como cometa de ligero vuelo,  
Y persigue cual águila del cielo  
Al triste que delante tropezaba.  
De la hospitalidad el flaco enfermo  
Escapa á la vehemencia  
Del tiempo, sin abrigo,  
Que aun le alcanzó del fuego la inclemencia.  
Siendo sin culpa de este mal testigo,  
Fijos los tiernos ojos en el cielo,  
Desmayando, aumentaba más el duelo.  
Creció la llama, en fin, en tanto grado,  
Que á las más altas torres excedía  
Y las vecinas nubes encendía;  
Y el humo de la esfera señoreado,  
Espeso é insufrible,  
Era cosa de ver lo más terrible;  
Pues que los estallidos y el estruendo  
Del fuego atroz que en sí va convirtiendo  
La ciudad desdichada,  
Bien como á quien no hay cosa reservada.  
¡Ay del triste que á par de sí lo vido,  
Que acechando el socorro deseado,  
Sus ojos tristes han desfallecido,  
Su esperar se ha frustrado  
En gente que valerse no podía,  
Que las ruinas los pasos les tomaron;  
Y las comunes vias  
Y sus últimos riesgos se acercaron,  
No pudiendo jamas hallar camino;  
Así que espiró el plazo de sus dias  
Y su predestinado fin les vino.  
El Señor, reducido  
A hundir aquel lugar enteramente,  
Con el lazo de muerte que ha tendido  
A quien quizá á su voz fué inobediente,  
Refirar su alma diestra no ha querido  
Y mitigar aquella voraz lumbre  
Hasta que, para nuevo desconsuelo,  
La soberbia techumbre,  
Forzada de su peso, vino al suelo.

## ELEGÍA III.

¿Quién á mis ojos diera  
De lágrimas dos fuentes inmortales,  
Y en mi cabeza hiciera  
De amargos rios urnas manantiales,  
Para llorar los males  
Y lamentar las tristes aflicciones  
Que esta ciudad padece?  
Oid ahora todas las naciones,  
Considerad si lástima mercede.  
Mirad este espectáculo funesto  
Y ved entre las ruinas sus garzones,  
Que el fuego los ha puesto  
Más negros que carbones.  
Los afectuosos padres,  
Por librar á sus hijos soterrados,  
Las vividoras madres  
Ahogadas con sus tiernas criaturas,  
Y las doncellas puras  
Como en lagar pisadas,  
Y cual quemadas vides las casadas,  
Ancianos, magistrados,

Sacerdotes, nobleza,  
Entre la atroz fiereza  
De fuego y ruinas todos devorados.  
De negro olin cubiertos,  
De terrones de polvo sepultado,  
Y de lagas el cuero todo abierto,  
Su pueblo con horror los ha mirado.  
Las horas de su edad se apresuraron  
Con más veloz carrera  
Que gira en el telar la lanzadera,  
Y para no volver jamas pasaron.  
¿Y los que se libraron?  
Miradlos cuál venían,  
De fuego y sangre y palidez teñidos,  
Cual paño apollillado  
O como de carcinoma agujerados,  
De pié á cabeza heridos,  
Y por sus rostros no les conocían;  
Del abismo parece que salían.  
¡Ay Dios, y cuán mudados  
De aquellos ricos hombres, cuán trocados  
De aquellos infanzones,  
Que airoso y esforzados,  
En otras ocasiones  
Por flor de España fueron venerados!  
Ni hablan ni responden; elevados  
Miran; despavoridos  
A todos con los ojos rodeaban  
Y más, callando, el daño declaraban.  
Los roncacos alaridos  
El gran desastre más solemnizaban;  
La discorde armonía  
De una calle á otra calle respondía,  
Los muchachos pequeños  
Corren desalentados  
Cual canes que alejados  
Están de la reseña de sus dueños,  
Doncellas temerosas,  
Cual corderas perdidas,  
Volaban, presurosas,  
Por sus madres queridas.  
Lloranse muertos padres y maridos,  
Muertos hijos y hermanos;  
Mujeres sin sentido  
Tuercen las blancas manos;  
Los niños, abrazados de sus madres,  
Preguntan, llorando, por sus padres.  
Los blancos rostros bellos  
Eran de crudas manos ofendidos,  
Manojos de cabellos  
Por el suelo esparcidos,  
Por mil partes, sin dueños, arrojados  
Ricos vestidos, joyas y brocados.  
Quién mira allí de sus conciudadanos  
Los horrorosos bultos,  
Que en copia inmensa yacen insepultos,  
Y en trances de dolor tan inhumanos  
Ni á un á mirarlos osa  
El que es de corazón y entrañas tierno;  
Que en sazón tan penosa  
Sólo el amor paterno,  
Filiál ó conyugal, era bastante  
A fijar en los muertos el semblante.  
Otros por sus infantes preguntaban  
Al tiempo que espiraban,  
Y otros, que entre las ruinas no morían,  
En vano le pedían  
A la vida prorogue breves plazos;  
Que niños en los brazos  
Y adultos luego espiran en los lechos  
De sus padres, en lágrimas deshechos.  
De casa en casa luego  
Corre la voz, y son enumerados  
Los tristes que murieron en el fuego  
Y los precipitados.  
¿Quién dirá ahora los desentonzados  
Lamentos y alaridos  
Que allí fueron oídos?  
Quién, puestas manos y ojos en el cielo,  
Clama desconsolado,  
No sé decir si con culpable celo,  
Que para qué vió luz ni gozó vida

Quien la tiene tan triste y afligida;  
Y quién ha suplicado  
Que le dé Dios para dolor tan fuerte  
El último remedio de la muerte.  
No tan lejos muchos la tuvieron,  
Pues ¡cuántos de pesar solo murieron!  
En el suelo postrados,  
Los religiosos al Señor oraban,  
Al cielo se volvían  
Y sus pechos herían,  
Y las vírgenes puras  
Que á Cristo consagraban su entereza,  
Llorando las comunes desventuras,  
Postraban por el suelo la cabeza.  
¡Qué golpe igual pudiera  
En la rueda de siglos encontrarte,  
Oh pueblo, que bastara á conhortarte,  
Si eres tú la primera,  
Oh ciudad angustiada,  
Que á otra igual ser no puedas comparada?  
¡Ay! ¿dónde hallaré medio  
O buscaré remedio  
Para templar tu llanto?  
Que inmenso como el mar es tu quebranto.  
Otra ciudad, otra sazón es ésta  
De la que ser solía  
En aquella gran fiesta  
Que en blancos cirios y floridos ramos  
El templo visitamos  
Del Pilar de María,  
Su divina alabanza repitiendo  
La multitud en el festivo estruendo.  
La ciudad toda ¡ay triste! agora clama,  
Y cual ola abatida  
De tempestad furiosa se derrama,  
Y como cera al fuego se liquida.  
Está como la oliva en flor cortada,  
O como en agraz viña vendimiada;  
Como barro cocido,  
O cual heno cortado,  
Su vigor se ha secado  
Y al polvo de la muerte ha descendido.  
Los que á verla han llegado  
Desde remotas tierras,  
Horror de ella tenían,  
Y salen lo más presto;  
Los que las altas sierras  
De entrar en ella huían  
De corazón la han puesto  
Como á vaso perdido  
O como á muerto en un perpétuo olvido.  
La su voz así suena  
Como en el otro mundo,  
Y sale su palabra  
Cual de pozo profundo,  
Y á los que mira en cerco peregrino  
Así dice, anegándose en su pena:  
«¡Oh vosotros, que vais por los caminos,  
Atended y mirad si habeis hallado  
Dolor que á mi dolor se haya igualado!  
Mi alma, en mi vertida,  
Está de las congojas oprimida;  
Sobre mí turbaciones concurrieron,  
Cual viento me agitaron;  
Mis dichas se acabaron  
Y como nieblas se desvanecieron;  
Clamé al Señor y no me ha respondido,  
Manifestéme y verme no ha querido.  
Con devorante fuego,  
Riguroso conmigo se ha mostrado,  
Y me ha con dura diestra amenazado.  
Hierven en un común desasosiego  
Todas las interiores partes mías;  
Hanme alcanzado fatigados días.  
Ni de noche mis ojos se aquietaron,  
Ni reposar mis venas me dejaron.  
Multitud de violencias  
La piel me ennegrecieron,  
Que á los huesos cual túnica ciñieron.  
Fallecen mis potencias;  
En el lodo me he visto rebujada,  
Con el polvo y ceniza

La lengua al paladar se me ha pegado;  
Mi laud he enlutado,  
Que en lúgubres acentos  
Sólo respira fúnebres lamentos.  
La ciudad llora, y crecen  
Sus clamores prolijos;  
No admite los consejos que la ofrecen,  
Como no ve sus hijos.  
En torno de ella aullaban  
Brutos de razón faltos,  
Las aves en su vuelo se paraban,  
Los peces en el agua daban saltos,  
Los montes de Moncayo el llanto oyeron  
Y sus cóncavos valles respondieron.

## ELEGÍA IV.

Estas ¡ay, oh naciones peregrinas!  
Reliquias que aquí veis, este abrasado  
Edificio, estas ruinas,  
Vigas desmanteladas  
Y piedras desgajadas,  
Que un tiempo fueron patio del contento,  
Del zueco vil morada,  
Hoy son memorias del mayor tormento,  
Por nuestro mal halladas,  
Prendas que al pueblo ser le parecía  
Dulces y alegres cuando Dios quería.  
Ved miseros despojos  
De su rica estructura,  
Del oro hechizador y la pintura,  
Ruina triste á los ojos;  
De máquinas al viento levadizas  
Volar cenizas;  
De dulces instrumentos  
Sólo quedaron ecos funerales;  
De sus gradas y asientos  
Apénas hay señales;  
De la que le llenó bizarra gente,  
Lastimosas exequias solamente.  
No así se ve asolado  
Viejo y marchito huerto,  
Rota su tapia, á cielo descubierto,  
Ni tan desamparado  
El chozo que abandonan los pastores,  
Destruídos del tiempo á los rigores.  
El que ayer elevaba su grandeza,  
Coronando de nubes su cabeza,  
Cual montón de basura es hoy deshecho.  
Dicen los que le miran ¡qué se ha hecho?  
Como sueño ha volado,  
No puede ser hallado,  
Y cual fantasma en él se desvanece  
Y nunca más parece,  
Ni le verán los ojos que le vieron  
Ni los que en su esplendor le conocieron.  
Pero esto no lloreis; poned los ojos  
En las plazas y calles despobladas  
De placer, y colmadas  
De miseros despojos;  
De luto están cubiertas,  
Y de galas desiertas,  
Ya no son frecuentadas  
Como otro tiempo fueron,  
Las alegres moradas;  
Que todos sus contentos fenecieron.  
No hay público ó secreto regocijo;  
Muerte lamenta el padre, muerte el hijo,  
Trocado ¡ay tristes! todo lo miramos,  
Y excesos solos de dolor hallamos.  
El huérfano, clamando  
A beneficio incierto,  
Como los avestruces del desierto;  
La viuda, lamentando,  
Cual en nocturna hora  
Lechuza endechadora;  
El padre, que, sin hijos, desconsuela,  
Cual pelicano solo, en despoblado,  
Cuyos pollos serpiente ha devorado;  
El esposo, en fin, vela  
Como pájaro solo que ha perdido

De su consorte el nido,  
Ved la ciudad á quien el cielo ha herido  
Con ruinas que en mil siglos no acontece.  
Los que mayor envidia la han tenido  
Ven su desdicha y ya se compadece,  
Y como sola en sí el castigo mira,  
Ella gime y de todos se retira.  
Quizá en aquel lugar ella tenía,  
Donde siempre el desorden ha morado,  
Oculta la maldad de su pecado.  
¡Ay! ¿quién con tiempo prevenir podría  
La gran caída que este pueblo ha dado?  
¡Ay triste! que ni aquel Pilar sagrado  
Que la Virgen sin par puso las plantas,  
Que humildes besan altos querubines;  
Su imagen, su santuario, visitado  
Del orbe entero y sus remotos fines;  
Ni tanto templo ni reliquias tantas,  
Ni aquellas masas santas  
De tanto mártir en la fe triunfante,  
Con que este pueblo está santificado,  
Parece ¡ay de vosotros! fué bastante  
Para bajar la espada  
De la diestra de Dios, contra él alzada.  
Tú, ¡oh gran ciudad! por tanto,  
Vierte tu corazón en mar de llanto,  
Lamenta tus ojos  
Y no cesen las niñas de tus ojos,  
Trae ante ellos al pueblo ninivita;  
Del documento del ejemplo saca  
Que quien á Dios con el pecado irrita  
Con el pesar le aplaca.  
Llora en la noche, llora,  
El lecho con tus lágrimas regando;  
Levántate á la aurora,  
Levántate á dar gritos,  
Y borra tus delitos  
Tu amargura al Señor representando,  
Y las manos tendidas;  
En tanto desconsuelo  
Vuelvete á Dios del cielo  
Y ofrécele las graves desventuras  
Con que pierden las vidas  
De tu seno las dulces criaturas.  
Mira que esta sentencia  
En tablas de diamantes fué esculpida;  
La suma Providencia  
Nada hace acaso en nuestra mortal vida.  
Pues ¡quién afirmará, desalumbrado,  
Que hay algo que su diestra no ha ordenado?  
Premio y castigo de su voz proceden,  
Y á su poder todas las causas ceden.  
No por la maldad nuestra  
Indignamos á Dios omnipotente,  
Y de su fuerte diestra  
No dejamos se ahuyente  
De su justo castigo el rayo ardiente,  
Si por nuestros delitos  
Padece trabajos infinitos,  
Examinemos bien nuestra carrera,  
Postrando, humildes, en la tierra el pecho,  
Delante del Señor, que nos ha hecho;  
Y pues somos su pueblo y su ganado,  
Que El mismo ha apacentado,  
Pidámosle con voces lastimeras  
Del mal nos libre, y tan funestos fines  
Para la Tracia bárbara los guarde.  
Plagas, á los católicos confines  
Nunca lleguéis, y si venis, sea tarde.  
¡Y querrás por ventura,  
Oh juventud hispana,  
La carrera seguir de la liviana  
Gente que en pos del vicio se apresura?  
¡Oh! que es gran desatino  
Seguir con luz de nieblas el camino,  
Y no poca locura  
Ver del peligro el escarmiento ajeno,  
Y proseguirle, estólidos, por bueno.  
Vosotros, cualesquiera á quienes tiene  
De esas sagas la voz embelesados,  
Huid de sus pestíferos tablados,  
Hurtaos el mal que en ellas sobreviene.

Oíd la voz que os dice que hasta cuándo  
Tendréis el corazón endurecido,  
La vanidad amando  
De un aparente bien que os ha vencido.  
Tú, empero, Zaragoza, madre clara  
De tanto hijo excelente, en quien se encierra  
El tesoro mayor que hay en la tierra,  
Enjuga el llanto de tu hermosa cara;  
Que si de duras flechas,  
Que dirigió el Señor á tí derechas,  
Tanta parte á tus hijos les alcanza,  
Ser de Dios en la vida castigado  
Es verdadera bienaventuranza.  
Lo que el Señor te ha dado,  
El mismo lo ha llevado.  
Di: El nombre del Señor bendito sea;  
Que el que en toda fortuna así se emplea,  
Cual Job, modelo de varones quietos,  
Verá, lleno de bien, hijos de nietos.  
Así que, ciudad mía,  
Respóndate el Señor cuando te asombre  
El tenebroso día,  
Y de Cristo Jesús te salve el nombre.  
Tus ojos vuelva á tí de su santuario,  
Del cielo te sustente,  
Te auxilie de ordinario,  
No olvide tu presente,  
Todos tus desaciertos te perdona  
Y en su visión de paz te galardone.

## HIMNOS.

## HIMNO PRIMERO (1).

## A LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

Cantemos al Señor, que victorioso  
Rescató de prisión su pueblo amado,  
La majestad del Príncipe del cielo,  
Y del rey sin piedad el fiero espanto.  
De su sangre en la púrpura vestido,  
De honrosos vituperios coronado,  
Descendió al limbo el Redentor del mundo,  
Que fué en la cruz, para vencer, clavado,  
Lucifer y las huestes de tinieblas,  
¡Oh qué grita del pecho desataron!  
Los pálidos funestos estandartes  
El miedo les quitaba de las manos.  
Llegó Cristo glorioso en las insignias  
De su pasión, y con invicto brazo  
De majestad vistió los tribunales,  
Donde execrables leyes dió al tirano.  
Tembló el umbral debajo de la planta  
Del Vencedor eterno, y los espacios  
Reciben el candor de eterna lumbre,  
Donde estaban los padres encerrados.  
Después aquel Rey fuerte y poderoso  
Sacó consigo del profundo lago  
Libres las almas de los santos padres,  
Y las condujo al paraíso grato.  
De eterna majestad siempre asistido,  
Su cuerpo en el sepulcro está aguardando  
Que resucite, lleno de esplendores,  
Como está, al sol tercero, decretado.  
Jesus, divino Rey, para que seas  
Pascual gozo á las almas continuado,  
Dadas vida, librándolas, piadoso,  
De la muerte fatal de sus pecados.  
La sempiterna gloria se dé al Padre,  
Y al Hijo, cuyo triunfo celebramos,  
Y al santo Amor, que de los dos procede,  
Un Dios, que impera por eternos años.  
Amén.

(1) Estos himnos están sacados del *Rezo eclesiástico*, inédito, de IGLESIAS.

HIMNO II.

Cantemos de los cielos  
 El público alborozo  
 Que muestra en la victoria  
 De Aquel que se salvó en su esfuerzo propio.  
 Angélicos ministros,  
 De ver hombres ansiosos,  
 Andaban revolando  
 Del ya desierto monumento en torno;  
 Y uno súbitamente  
 Causó un gran terremoto,  
 Alzando del sepulcro  
 La losa y velo al hecho prodigioso.  
 A su luz y estampido,  
 Con un mortal asombro

Quedaron los soldados  
 Unos sin vista, y desmayados otros.  
 Las guardias por el suelo  
 Ya son del Rey despojos,  
 Y alfombra de sus plantas  
 Morriones, picas y paveses curvos.  
 Que si á su muerte quiso  
 Que nadie fuese estorbo,  
 ¡Quién se opondrá en su triunfo  
 Al Rey de los ejércitos glorioso?  
 La gloria se dé al Padre,  
 Y al Hijo victorioso,  
 Y al que de ambos procede,  
 Por círculos de siglos numerosos.  
 Amén.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA,  
 Y DEL TOMO PRIMERO DE POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII.

ÍNDICE.

BOSQUEJO HISTÓRICO-CRÍTICO DE LA POESÍA  
 CASTELLANA EN EL SIGLO XVIII.

CAPÍTULO PRIMERO.—Decadencia política de España al terminar la dinastía austriaca.—Postración artística é intelectual.—Corrupción de la poesía lírica.—Carácter análogo que toman los extravíos literarios en las decadencias nacionales.—Sor Juana Inés de la Cruz.—Montoro. . . . . V

CAP. II.—Advenimiento de la casa de Borbon.—Felipe V quiere, sin conseguirlo, identificarse con la nación española.—En artes y letras prevalece en la corte el espíritu extranjero.—Influencia de la cultura del reinado de Luis XIV.—No llega por entonces al pueblo español.—Agonía del númen lírico.—Destellos de la entonación antigua, perdidos entre los delirios del mal-gusto reinante.—Enciso.—Bernaldo de Quirós.—Decadencia en la decadencia: últimos límites.—Poesía rastrera y familiar.—Salazar y Hontiveros. . . . . X

CAP. III.—Recuerdos del estilo encrespado y oscuro de Góngora.—Manifiéstale afición las clases ilustradas.—Leon y Mansilla.—La catedral de Salamanca.—Prevalece la poesía conceptuosa chabacana.—Otros poetas de la extrema decadencia lírica.—Zamora.—Cañizares.—Báncos y Gandamo.—Álvarez de Toledo (don Ignacio).—Enriquez Arana.—Benegasi y Lujan (don Francisco).—Mística poética.—Sor Gregoria de Santa Teresa.—Sor María del Cielo.—Prosadores poetas.—Torres.—Feijóo.—La poesía en las Indias.—Méjico.—El Perú.—El Virey Marqués de Castell-dos-Rius.—Monforte.—Peralta Barnuevo.—El Conde de la Granja. . . . . XV

CAP. IV.—Poetas malogrados.—Álvarez de Toledo (don Gabriel).—Gerardo Lobo.—Tafalla y Negrete.—Marqués de Lazan. . . . . XXXII

CAP. V.—Poetas con tendencias políticas.—El padre Butron.—Benegasi (don José Joaquín).—Fray Juan de la Concepción. . . . . XLVI

CAP. VI.—Síntomas claros de cambio en el gusto literario.—Época doctrinal.—*Diario de los literatos*.—*Poética* de Luzan.—Iriarte (don Juan).—Artigas.—Sátira de *Jorge Pitillas*.—Índole francesa de su inspiración.—Aclaración del seudónimo. . . . . LV

CAP. VII.—Influencia de la *Poética* de Luzan.—Últimos esfuerzos de la moda conceptuosa.—Los reformadores mismos mezclan involuntariamente el gusto nuevo con el antiguo.—Porcél.—Exámen crítico de *El Adonis*.—Interian de Ayala.—Ferrerías.—Quirós.—Velez de Leon. . . . . LXIX

CAP. VIII.—Época de Fernando VI.—Gana terreno la reforma doctrinal.—Torrepalma.—*El Deucalion*.—*El Juicio final*.—Sor Ana de San Jerónimo.—Paralización del espíritu poético.—Montiano.—Nasarre.—Academias corruptoras del gusto.—Academia de los Arcades.—

Academias provechosas á la civilizaci6n literaria.—Academia del *Buen Gusto*. . . . . LXXVIII

CAP. IX.—Poetas indisciplinables.—Villarreal.—Nieto Molina.—Marujan. . . . . XCII

CAP. X.—Reinado de Carlos III.—Continúa la resistencia instintiva del gusto nacional.—El cambio doctrinal triunfa al cabo.—Poetastros célebres.—Dos curas de Frume.—Nifo.—Primeros frutos sazonados de la reforma.—Moratin (don Nicolás).—Cadalso.—Esenela poética salmantina.—Fray Diego Gonzalez.—Huerta.—*La Raquel*.—Iglesias. . . . . CII

CAP. XI.—Continuaci6n del reinado de Carlos III.—Velazquez.—Trigueros.—Su superchería poética.—*Su Riada*.—Sus parciales é impugnadores.—Jesuitas poetas.—Lasala.—Alegre.—Isla.—Díaz.—Ceris.—Montengon.—Muñoz. . . . . CXX

CAP. XII.—Continuaci6n del reinado de Carlos III.—Sazon completa de la nueva era literaria.—Cuatro magistrados poetas.—Melendez Valdés.—Jovellanos.—Ferner.—Vaca de Guzman. . . . . CXXXI

CAP. XIII.—Fabulistas.—Carácter poco poético del apólogo.—Impropiedad de su aplicaci6n á la enseñaanza de la juventud.—Samaniego.—Iriarte.—Su poema de *La Música*.—Su prosaismo.—Su incontestable mérito.—Plaga de fábulas.—Rentería.—Pison. . . . . CL

CAP. XIV.—Consecuencias antip6éticas de la reforma doctrinal.—Prosperidad del prosaismo.—Olavide.—Salas.—Silva Bazan.—Merás.—Olmeda.—Pichó y Rius.—Imperio de la égloga.—Artificio de la poesía campestre.—Su desnaturalizaci6n.—Abuso de las clasificaciones doctrinales.—Poesía didáctica.—Rejon de Silva.—Moreno de Tejada.—Enciso.—Perez de Célis.—El padre Vanière.—Poesía fruslera.—El bachiller Dueñas.—El Marqués de Ureña.—El Marqués de Méritos.—Regimiento de la *Posma*. . . . . CLVII

CAP. XV.—El prosaismo desciende de su apogeo.—El canónigo Huarte.—Rodriguez de Arellano.—Don Ramon de la Cruz.—Gonzalez del Castillo.—Poesía enfática.—Noroña.—Sanchez Barbero.—Cienfuegos.—Moratin (Leandro).—Quintana. . . . . CLXIX

CAP. XVI.—Copleros andaluces.—Muñoz de Leon.—Lopez de Palma.—Gonzalez de Leon.—Repiso Hurtado.—Jaen.—Escuela poética sevillana.—Su carácter mediocre é imitador.—Su gran mérito relativo.—Miembros distinguidos de la esenela.—Pléyade poética.—Nuñez.—Castro.—Roldan.—Arjona.—Reinoso.—Lista.—Matute.—Mármol.—Escuela granadina.—Alonso.—Escuela valenciana.—Martinez Colomer. . . . . CLXXXII

CAP. XVII.—Último periodo del siglo xviii.—Efectos de la transformaci6n política y moral en la literatura.—El padre Fernandez.—La política absorbe la atenci6n pública, y daña á la cultura literaria.—Arroyal.—Extravíos de la pasi6n política en algunos poetas.—Marchena.—Blanco.—Otros, aunque arrastrados por el im-